Fichada
3/1950

REVISTA DE EDUCACION

MINISTERIO DE EDUCACION DE BUENOS AIRES
LA PLATA

Revista de Educación

Ministerio de Educación de Buenos Aires

Gobernador de Buenos Aires
Coronel Domingo A. Mercante

Ministro de Educación
Doctor Julio César Avanza

REVISTA DE EDUCACION

FUNDADA POR SARMIENTO EN NOVIEMBRE DE 1858

N.º 3 ~ Año del Libertador General San Martín ~ 1950

LA PLATA - REPUBLICA ARGENTINA

Sumario

Ernesto M. Bertini

AFIRMACIONES Y NEGACIONES EN EL CREDO PEDAGOGICO DE DEWEY

En la necesidad de un *revisionismo* dentro de las ideas y prácticas pedagógicas, acorde con nuestra especial condición de pueblos herederos de una tradición humanística, espiritual y cristiana, se impone el estudio afirmativo y negativo de la obra de filósofos de la educación como *J. Dewey*. Su influencia, tan profunda en la pedagogía contemporánea, debe ser readaptada a nuestras aspiraciones y necesidades, en mucho distintas de las del país de origen del autor de *Mi credo pedagógico*, valorizado aquí en sus excelencias, y rectificado en sus exageraciones y desviaciones acentuadamente pragmatistas.

Pág. 9

Sabino Alonso-Fueyo

FILOSOFOS EXISTENCIALISTAS: ORTEGA Y GASSET, UNAMUNO, XAVIER ZUBIRI

En este ensayo, realzado por sus facetas críticas en una verdadera *revisión de valores* dentro del pensamiento hispánico contemporáneo, el Dr. Alonso-Fueyo, miembro de la *Sociedad Española de Filosofía*, analiza la distinta naturaleza de la doctrina de aquellos tres autores de nuestro tiempo, unificadas por un signo común: el del *existencialismo*, y diferenciadas por una distinta tonalidad, dentro de una filosofía tan de actualidad.

Pág. 27

Jorge Dellepiane

LA ESCUELA PARA PADRES

La creación de este organismo técnico dentro de la *Dirección de Psicología Educacional y Orientación Profesional*, en el Ministerio de Educación bonaerense, tiende a iniciar a los padres en los problemas y conflictos del alma infantil y en las normas científicas elementales para la acertada conducción del niño en el hogar, propendiendo a una colaboración activa y eficaz entre la escuela y la familia.

Pág. 43

Juan Olivares Bernal

¿ES EL NIÑO NATURALMENTE SOCIABLE?

Como conclusión y coronamiento del estudio iniciado en el número anterior de esta revista, el autor analiza las cuatro direcciones propuestas a su investigación (la *biológica*, la *psicogenética*, la *psicológica* y la *metafísica*) hasta desbaratar el clásico malentendido acerca de la supuesta *sociabilidad* instintiva del niño.

Pág. 49

TOPICOS PEDAGOGICOS

Pág. 85

LAS IDEAS EN LOS LIBROS

Pág. 103

LAS IDEAS EN LAS REVISTAS

Pág. 113

LOS DIAS Y LAS OBRAS

Pág. 121

ERNESTO M. BERTINI

AFIRMACIONES Y NEGACIONES EN EL CREDO PEDAGOGICO DE DEWEY

NOSOTROS, los educadores latinos, debemos enfrentar los fenómenos del pensamiento pedagógico contemporáneo con naturales y sinceras reservas, nacidas de nuestra condición especial de pueblos con una cultura, una tradición y una espiritualidad determinadas.

Afirmando las excelencias de esa misión nuestra en la totalidad de la cultura humana —misión que será salvadora, a su hora, como defensora de la creencia, el idealismo y el humanismo—, debemos proceder a la revisión de las ideas y de sus detentores, en todos los campos del pensamiento contemporáneo. Dentro de la educación, tal revisión debe agudizarse, por la estrecha y arriesgada concomitancia que existe entre aquélla y el destino espiritual y material del hombre.

En este terreno de la pedagogía, pocas figuras, entre las del siglo, merecen los honores de ese revisionismo como la de *John Dewey*, el notable ideólogo de la educación norteamericana, no sólo por la profundidad y exhaustividad de sus doctrinas, sino por

la repercusión que ellas alcanzaron en toda una *forma de vida* cultural inmediata y actual, con prolongada proyección al futuro.

Negar por completo las teorías del pedagogo y filósofo yanqui, con sus repercusiones en la práctica de la enseñanza, sería colocarnos en una posición dogmática. Por otra parte, no puede desconocerse el hecho de que, aunque nuestra *posición espiritual* sea distinta, y aún opuesta, a la de Dewey, muchos de los grandes principios enunciados por éste están siendo utilizados por nosotros mismos.

Cuando Dewey afirma que "el deber de la comunidad respecto a la educación es *un deber moral supremo*", no discrepa con nosotros en el fondo, sino en el contenido de la ejecución de ese deber. Para nosotros, sólo la fe religiosa puede dar esa base moral; para Dewey, una vaga e inconcreta *moral laica* o *democrática* era el subtractum de tal imperativo.

En esta última instancia juega la discrepancia absoluta entre Dewey y la concepción pedagógica de pueblos como el nuestro, hispanoamericanos por mandato histórico, y no subyugados por la influencia material y cultural de otras civilizaciones y otras razas.

En efecto: dentro de la teoría de Dewey resalta la omisión y descuido de todo lo que se refiera al cuidado de lo espiritual. Parece que el filósofo, ocupado en destacar los rasgos psicológicos y sociales de su teoría educativa, prescindiera, como de un mundo aparte, de todo lo que se refiere al porvenir del espíritu humano, en su absorción por la máquina, el mercantilismo y la socialización progresivos.

Parece ser que Dewey, demasiado absorbido en el presente, no se hubiera atrevido a delimitar la acción imprescindible de la educación sobre ese futuro. Ni siquiera la imagen de éste parecía presentársele coherente e influenciable. "Con el advenimiento de las democracias y de las condiciones industriales modernas es imposible predecir de un modo definitivo lo que será la civilización dentro de veinte años", escribía el pensador yanqui, en la cumbre de su carrera como educador. "Por tanto —agregaba —es imposible preparar al niño para una serie precisa de condiciones".

Con este postulado, Dewey se consideraba eximido de dar a su teoría esa orientación teleológica. Reemplazaba tal necesidad, por el inconcreto y vago lema de *una preparación para la existencia posterior* terrena, prescindiendo de toda otra proyección animista.

Era este el credo *activista* de la educación, para nosotros parcial y limitado. "Prepararle para la vida ulterior —afirmaba este autor, con referencia al niño— significa procurarle el dominio de sí mismo, significa educarle de modo que tenga el pleno y rápido uso de todas sus capacidades". Esta preparación, se sobrentiende, se postulaba para la *vida práctica,* para una existencia en la mera y cruda acción. Tal restricción no debe extrañarnos. Dewey, en este sentido, no es sino el más crudo y dogmático teorizador de una manera de existencia exclusivamente *activa,* tan típica del norteamericano —y, en general, del ser contemporáneo.

No obstante esta militancia en una forma anti-espiritual de

vida, Dewey ha dejado un margen para la ejecución de los fines supremos de la Humanidad, en su teoría. "Mediante la educación —afirmaba— la sociedad puede formular sus propios fines, puede organizar sus propios medios y recursos y formarse así con precisión y economía en la dirección en que desea moverse".

Si nosotros, pues, deseamos movernos en una dirección plena de espiritualidad, fe y humanismo, hallaremos en muchos de los postulados de Dewey *la manera, el método* para lograr este designio.

En este sentido, muchas de las afirmaciones del filósofo norteamericano son insuperables.

Habiendo superado nosotros, a nuestra vez, la concepción *individualista* de la educación, y comprendiendo al educando sólo en *función social*, debemos reconocer que Dewey, en este sentido, es el más genial y sistemático de los teorizadores de esa posición.

Dewey, por otra parte, da margen a todas las posibilidades cuando afirma que, a los niños, "tenemos que poderlos retrotraer a su pasado social, y considerarlos como herencia de anteriores actividades raciales".

Nuestros niños, los hispanoamericanos, deben ser retrotraídos, pues, a su antaño social, que es catolizante y humanístico, y considerados como herencia de anteriores actividades raciales, deben ser ejercitados en las virtudes de la latinidad.